



EL SERMÓN DE UN ATEO EL DÍA DE SANTA TERESITA

Acto Cultural del VI EFCSM 2011

De Georges Bernanos

© 2011. **Fundación MAIOR**

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

Citación de procedencia.

Aviso previo a la Fundación MAIOR, que permita autorizar la reproducción.

Exclusión de todo fin de lucro.

El sermón de un ateo el día de Santa Teresita

«Testigo, en sus novelas, de la angustia del siglo XX, *novelista del acontecimiento* en sus ensayos,... será sobre todo un visionario de la realidad. De cara a los destinos profundos de las creaturas o del país, es el mismo movimiento del alma el que lo empujará a “hacerle lo más sensible posible a lo trágico del misterio de la salvación”. Es en esta perspectiva que hay que comprender la evolución de las novelas, desde *Sous le soleil de Satan* a *Monsieur Ouine*, como evolución de las tomas de posición política de Bernanos en sus escritos de combate. “No soy yo el que cambia, imbéciles, escribirá él en ellos, sois vosotros”... Clasificado en “la derecha” después de su *Grand Peur des bien-pensants*, luego en “la izquierda” después de *Les Grands Cimetières sous la lune*. gaullista contra la IV República, después de haber sido, según la expresión de Albert Béguin, el “inspirador espiritual” de la Resistencia, permanecerá, en lo profundo, siempre fiel a sí mismo. Si se encoleriza, si da testimonio con vehemencia, será contra todo lo que él estima ser una forma de impostura, contra todo lo que traiciona más o menos los conceptos de honor, de infancia, de pobreza, de esperanza, y desconoce el espíritu de las Bienaventuranzas del Evangelio» (Michael Estève, BIOGRAPHIE, en G. Bernanos Œuvres romanesques, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 2002 LII-LIII).

Dentro de la obra ensayística de Georges Bernanos (1888-1948), llamada por él Escritos de combate, se encuentra *Los grandes cementerios bajo la luna* (1938). La polémica de este libro sobre la actitud de los cristianos ante los no creyentes se concentra en el episodio narrativo, hacia el final del libro, en el que el autor se imagina que, por un imposible, un agnóstico es invitado a predicar en un templo católico el día de Santa Teresa de Lisieux.

«¿Rezas a la Santa Virgen? Es nuestra Madre, ¿comprendes? Es la Madre del género humano, la nueva Eva. Pero al mismo tiempo es también su hija... La mirada de la Virgen es la única verdaderamente infantil, la única de niño que se ha dignado fijarse jamás en nuestra vergüenza y en nuestra desgracia». Su mirada no es del todo «la de la indulgencia -pues la indulgencia va siempre acompañada, siempre, de alguna amarga experiencia-, sino la de tierna compasión, la de sorpresa dolorosa, de no sabemos qué sentimientos, una mirada... que nos la muestra más joven que el pecado, más joven que la raza de la que Ella es originaria y, aunque Madre por la gracia, Madre de las gracias, la más joven del género humano». En el último encuentro del Cura de Torcy con su joven amigo Cura rural, traza el primero un retrato de la Virgen María sobre la base de su condición de Inmaculada. La infancia es la verdad del hombre en Cristo, verdad que vive en María, del hombre como Dios lo ha pensado, la verdad que precede al pecado de Adán.

En esta infancia espiritual se reconoce especialmente el nombre y el rostro de Santa Teresa de Lisieux. La característica principal del mensaje de la santa, según autores como P. Marie-Eugène de l'Enfant-Jésus y Hans Urs von Balthasar, es el amor a la verdad, la perseverancia a toda costa en la verdad de lo que somos ante el amor de Dios. Esto es ser como niños. Tampoco los filósofos han dejado de reconocer en Teresa de Lisieux un temple extraordinario en esa mirada que penetra hasta el fondo de la existencia cristiana en Dios. Jean Guittou le atribuye un genio metafísico de un tipo especial. Xavier Tilliette la ve como la verdadera interlocutora cristiana de la crisis total europea que representa el romanticismo (Nietzsche especialmente). La fuerza reside en la debilidad del niño, en la perseverancia de la mirada primera, la del niño que reconoció el ser en el amor -en Dios-, y que no se apartó nunca de esa luz, a pesar de todas las tinieblas más densas, que llegan a ocupar todo el espacio.

Bernanos ha sentido lo mismo profundamente. La santa de Lisieux inspira la infancia de sus personajes. Si en *Diálogos de carmelitas* se demuestra una comprensión sorprendentemente profunda del Carmelo, ya antes los rasgos de Teresita aparecen en algunos personajes, sobre todo en el joven Cura rural y en Chantal de Clergie, la heroína de *La alegría*. La sencillez de la infancia es el único modo de aceptar la sencillez de Dios. Pero como niño nos parecerá Bernanos sin duda un tanto violento en su SERMÓN DE UN AGNÓSTICO EL DÍA DE SANTA TERESITA. En fin, ¿qué puede hacer un niño en un mundo

que ya no es para niños? Pero, sobre todo, se diría que Bernanos representa literariamente el mismo espíritu de infancia pero fuera del Carmelo; es tal vez el «soldado» que Teresita dice que con gusto habría sido, de modo que la obra del novelista y ensayista une a la carmelita con S. Juana de Arco, a quien ella tanto amaba.

Con su ruptura con Maurras y L'Action Française el mensaje de Bernanos se libera del peso de un pasado ya muerto y se dirige con vigor en primer lugar a la Iglesia misma. Es mensaje en el espíritu de profecía en sentido bíblico: el profeta se dirige a los creyentes para ponerles ante la palabra de Dios, la única que les puede permitir ser verdaderos creyentes. Es un mensaje necesario y polémico, porque la impostura de los cristianos consiste en suponer que son ya lo que deben ser; sólo esa impostura nos puede hacer pensar que el mundo debería reconocernos fácilmente como seguidores de Cristo y sumarse a nosotros. En palabras de H. U. von Balthasar, el error fundamental de los cristianos es dejarse a Dios a la espalda, como lo ya sabido y conquistado, y dirigirse al mundo para su conquista en nombre de Dios (*Quién es cristiano*, capítulo tercero). El cristiano no puede dejar de tener a Dios delante de sí mismo, si quiere hacer algo por este mundo. No podemos suponer que somos el Cuerpo vivo de Cristo en medio de los hombres si no adoramos a Cristo como distinto de nosotros, como único Señor y Salvador, como único representante del Padre.

En este punto está lo más central del mensaje de Bernanos. No es en primer lugar -aunque también lo es- un crítico de la situación actual del mundo o de la cultura. Su mirada sobre las miserias del mundo moderno es compasiva, no está recargada con el vilipendio, como en su maestro Léon Bloy. Ve con extraordinaria lucidez, por ejemplo, la tragedia que desencadenará la preocupación por la salud, favorecida por el progreso de la medicina. Los hombres se dedicarán a una higiene “científica” que destruirá la salud del alma que sólo puede ser garantizada por la capacidad de vivir muriendo, entregando la vida. Ve con penetrante mirada la situación de la profesión militar en los Estados modernos. «Éramos soldados de Dios, ahora lo somos de la República», dice el joven legionario al Cura rural. Pero esto no significa para Bernanos ningún propósito de reconquistar el ejército para Cristo ni nada parecido. El hecho está cumplido. Lo esencial es seguir siendo de Dios en esta situación. Y eso es lo que el cristiano no puede dar por supuesto.

Libre, por tanto, de resentimientos contra el mundo moderno, Bernanos puede dedicarse a sacudir con vigor inusitado la conciencia cristiana. La santidad cristiana ha de estar ante la vista. Algo del «dolor de no ser santo» hereda Léon Bloy a Bernanos, pero con un matiz esencial: la conciencia de que la santidad cristiana está hecha de sencillez, pobreza y, sobre todo, infancia. El mensaje a la Iglesia de Bernanos no es el de «llegar a ser santos», sino el de reconocer la verdad del cristianismo en los santos, tan diferentes de nosotros, y en esta diferencia que sólo el amor de Dios soporta y que no hemos de solemnizar, vivir con sencillez la santidad de nuestra Iglesia. Junto a los santos, muy cerca de ellos, están los pecadores que se reconocen tales.

Teológicamente este mensaje encuentra su solidez en la representación que hace Bernanos de la sacramentalidad de la Iglesia: el salto entre los santos y los cristianos que no somos santos queda cubierto por la santidad de los sacramentos; esta convicción da su forma peculiar a la obra de Bernanos, como ha hecho ver exhaustivamente Hans Urs von Balthasar en su obra *Gelebte Kirche* (literalmente, Iglesia vivida). Por eso la norma de vida, a pesar de su escasez, sigue siendo la que dan los santos. A su santa comunión pertenecemos los pecadores siempre que queramos reconocer en ellos el verdadero rostro de la Iglesia y, paradójicamente, en el dolor del abismo entre lo que ellos son y lo que somos, el abismo queda cubierto siempre de nuevo por la infancia del acto de fe y de la caridad que éste implica, por la infancia del santo y la del pecador que confiesan la santidad de Jesucristo. En Bernanos, no se trata de altura de las exigencias de la vida cristiana, como en la espiritualidad tocada de jansenismo o en la espiritualidad del “alto rendimiento”, como dice irónicamente Adrienne von Speyr. Es una cuestión de identidad de la Iglesia: el pecado del cristiano puede estar allí, en medio de las cosas santas, pero

confesado como pecado. Lo que no puede hacer es enmascararse en la hipocresía.

Si los cristianos no reconocen en los santos la identidad de su propio ser cristiano terminan adaptándose al mundo de modo que ya no se ve la diferencia entre una cosa y otra. «Ellos no son del mundo», dijo el Señor al Padre antes de padecer y así se los recomendó. La mediocridad del cristiano que no se humilla ante la santidad de los santos tiende a convertirse en medida de lo que es ser cristiano. Así, la mediocridad de los sacerdotes de las novelas de Bernanos impone un peso grande a sus sacerdotes santos. Continuamente tienen que emerger por encima de estas medidas. «El papel del ministerio sacerdotal en la Iglesia, ha dicho Adrienne von Speyr de nuevo con ironía, es vigilar para que la vida de los santos no sea más difícil de lo necesario». Esto aparece plásticamente en *Bajo el sol de Satán*, *La impostura*, *La alegría*, *Diario de un cura rural*. En estas novelas el sufrimiento de los santos es el que les impone su tarea. Y sufren en buena medida también por parte de la autoridad de la Iglesia, por parte de eclesiásticos que no comprenden la santidad cristiana, como ese arcipreste que exclama ante el cura rural: «Dios nos libre de los santos», porque con ellos nunca se logra salir bien económicamente. El cristiano queda libre para su tarea en favor del mundo sólo cuando la santidad de los santos lo orienta en su vida personal aun cuando no esté dotado de especiales carismas de santidad. Dios, en efecto, como es bien palpable en la Iglesia, no concede sino excepcionalmente ese tipo de santidad que hace evidente la identidad de la vida cristiana. Reconocer las formas grandes de santidad concedidas por Dios a la Iglesia, los ciento cincuenta y tres peces grandes que contó Pedro a la orilla del Tiberíades, es el camino necesario para no confundir nuestro espíritu con el Espíritu Santo.

En el Sermón de un agnóstico Bernanos nos hace llegar este mensaje desde un imaginado mundo no cristiano, no por imaginado irreal, que en un arrebatado de sinceridad y lucidez nos dice que, efectivamente, el cristianismo es interesante, pero que lo es a pesar de que los cristianos lo hacemos poco interesante. Y nos dice también que, después de todo, el cristianismo tiene que contar con nosotros y que esperar algo del cristianismo es esperarlo también de nosotros. Finalmente nos exige y suplica que no demos moneda falsa, que no nos empeñemos en explicar al mundo cómo se es mundo; porque lo que el mundo no encontrará sin nosotros es el camino para volver a ser como niños.